

«A es un país favorecido, y B otro país maltratado por la naturaleza. Yo digo que el cambio es ventajoso para los dos, y sobre todo para B, porque el cambio no consiste en *utilidades por utilidades*, sino en *valores por valores*. Ahora bien: A *dá más utilidad en el mismo valor*, supuesto que la utilidad del producto abraza lo que hizo la naturaleza y lo que hizo el trabajo, mientras que el valor sólo corresponde á lo que el trabajo ha hecho. Vemos, pues, que B hace un comercio que le es sumamente ventajoso, supuesto que, pagando al productor de A su trabajo solamente, recibe además utilidades naturales que él no dá.»

Sí, teneis razon, grito yo con toda la fuerza de mis pulmones: el trabajo crea el valor, no, como acabais de decirlo, y como lo aseguran todos vuestros colegas que os aplauden sin comprenderos, la oferta y el pedido; el trabajo es lo que debe pagarse y cambiarse, no la utilidad gratuita de la tierra; y no podíais decir nada que mejor demostrase vuestra buena fé y la incoherencia de vuestras ideas. En esas condiciones, la libertad más absoluta es siempre ventajosa y no puede perjudicar á nadie; pero los monopolios, los privilegios de la industria, el interés del capital, los derechos señoriales de la propiedad, ¿los habeis abolido? ¿Teneis acaso el medio de abolirlos? ¿Creeis siquiera en la posibilidad y en la necesidad de su abolicion? Yo os intimo que os expliquéis, pues en ello va la salud y la libertad de las naciones, y en asuntos de tanta importancia, el equívoco se convierte en parricidio. Mientras el privilegio del territorio nacional y la propiedad individual queden sobrentendidos, la ley del cambio en vuestra boca será una mentira; y mientras no exista la asociacion y la solidaridad consentida entre los productores de todos los países, es decir, mientras no exista la co-

munidad de los dones de la naturaleza, cambiándose solamente los productos del trabajo, el comercio exterior no hará más que reproducir entre las razas el fenómeno de la servidumbre que la division del trabajo, el salariado, la competencia y todos los agentes económicos crean entre los individuos, y vuestro libre cambio será una fullería, si no preferís que diga una expoliacion que se ejerce á viva fuerza.

La naturaleza, para conducir los pueblos favorecidos á la asociacion general, los separó de los demás por medio de barreras naturales que dificultan sus invasiones y sus conquistas; ¡y vosotros, sin buscar garantías, quereis derribar esas barreras calificando de inútiles las precauciones de la naturaleza!... ¡Aventurais la independenciam de un pueblo por satisfacer el egoismo de un consumidor que no quiere ser de su país!... ¡Al monopolio del interior sólo sabeis oponer el del exterior, y girais eternamente dentro del círculo fatal de vuestras contradicciones!... ¡Nos prometeis que el trabajo se cambiará por trabajo, y en la práctica vemos despues que es el monopolio el que se cambia por el monopolio, y que Breno, el enemigo del trabajo, arroja furtivamente su espada en la balanza.

La confusion de lo verdadero y de lo real, del derecho y del hecho, y ese desbarajuste que produce en las mejores inteligencias el antagonismo perpétuo de la tradicion y el progreso, hizo perder al Sr. Bastiat el conocimiento de las cosas más vulgares. Hé aquí un hecho que refiere en prueba de su tésis:

«En otro tiempo, decia un manufacturero en la Cámara de comercio de Manchester, exportábamos tejidos; más tarde esta exportacion dió lugar á la de los hilos, que son la materia primera de los tejidos; despues vino la de las máquinas, que son los instru-



mentos de producción del hilo; en seguida la de los capitales, con los cuales construíamos nuestras máquinas, y por último la de nuestros obreros y nuestro genio industrial, que son la fuente de nuestros capitales. Todos estos elementos de trabajo fueron, los unos tras de los otros, á servir allí en donde podían hacerlo con más ventaja, allí en donde la existencia es ménos cara y la vida más fácil. Gracias á esto, hoy se pueden ver en Prusia, Austria, Sajonia, Suiza é Italia, inmensas manufacturas fundadas con capitales ingleses, servidas por obreros ingleses y dirigidas por ingenieros ingleses.»

¡Hé ahí una magnífica justificación del libre cambio! Prusia, Austria, Sajonia é Italia, defendidas por sus aduanas y limitadas en sus compras por la medianía de su riqueza metálica, no admitían los productos ingleses sino con el beneficio del descuento, y sólo tomaban lo que podían pagar: los capitales ingleses, impacientes y rodeados de dificultades, salen de su país, van á naturalizarse en lugares inaccesibles, se hacen prusianos, austriacos, sajones é italianos, y corrigen, con su emigración, la injusticia de la suerte. ¡Allí, bajo la protección de las mismas aduanas que ántes los alejaban y que hoy los favorecen, secundados por el trabajo de los indígenas, que en nada se diferencian de los capitalistas, se apoderan del mercado, hacen competencia á la madre patria, rechazan sucesivamente todos sus productos, primero los tejidos, despues los hilos, más tarde las máquinas, en seguida los préstamos usurarios, y en esta nivelación de las condiciones del trabajo, en este hecho que revela tan enérgicamente la necesidad que cada pueblo tiene de no aceptar los productos de su vecino sino bajo la condición de igualdad en el cambio, en ese fenómeno que prueba la necesidad de que los países

accepten los capitales extranjeros á título de fondos en participacion y no de préstamo, se quiere ver un argumento en favor de la libertad de comercio! O yo no entiendo una palabra, ó el Sr. Bastiat confunde las cosas más opuestas; la asociación y el salariado; la usura y la comandita.

La contradicción que en la teoría de la balanza del comercio, como en las demás, ha extraviado á los economistas, impresionó, sin embargo, al Sr. Bastiat. Hubo un momento en que al parecer habia visto las dos faces del fenómeno; pero desgraciadamente, la lógica es todavía una cosa tan poco conocida en Francia, que el Sr. Bastiat, á quien la oposición de los principios le exigía que terminase con una síntesis, se refirió á este axioma que sólo es admisible en matemáticas: Dadas dos proposiciones, si se demuestra la falsedad de una de ellas, la otra es verdadera.

«El hombre, dice, produce para consumir; por consiguiente, es á la vez productor y consumidor... Si consultamos, pues, nuestro interés, vemos al momento que es doble. Como vendedores, deseamos la carestía; por consiguiente, la escasez: como compradores, queremos la baratura, ó, lo que es igual, la abundancia.»

Hasta aquí nada hay que censurar; pero ahí, precisamente, está la dificultad; bajo esa oposición desconsoladora estaba oculta la red en donde debia caer la sagacidad del Sr. Bastiat. ¿Qué partido debemos tomar, no digo entre mi persona y el vecino, supuesto que, para resolver esta cuestión, no es preciso *personalizarla*, sino, al contrario, *generalizarla*; qué partido debemos tomar, digo, entre los productores de una nación, que son á la vez consumidores, y los consumidores, que son á la vez productores de esta misma nación? A falta de lógica,



el buen sentido dice que es absurdo dar la preferencia á ninguna de estas categorías, supuesto que designan, no castas, sino funciones correlativas que comprenden á todo el mundo. Pero la economía política, esta ciencia de la discordia, no sabe ver las cosas en su conjunto; para ella no hay nunca en la sociedad más que individuos opuestos en sus intereses y en sus derechos; el Sr. Bastiat tuvo la desgracia de elegir, y se perdió.

«Supuesto que los dos intereses se contradicen, uno de ellos debe coincidir necesariamente con el interés social en general, mientras el otro le es antipático.» Y el Sr. Bastiat se propone demostrar muy larga y muy doctamente que el interés del consumidor es *más social en general* que el del productor, y que los gobiernos deben inclinar en su favor la balanza de la protección. ¿No queda con esto suficientemente probado que los economistas no saben raciocinar?

El interés del consumidor, vos lo habeis dicho, es idéntico en la sociedad al del productor; por consiguiente, en materia de comercio internacional, es preciso raciocinar sobre la sociedad como sobre el individuo: si esto es así, ¿cómo podeis separar ambos intereses? Vos no podeis figuraros un consumidor comprando con otra cosa más que con sus propios productos; ¿cómo pretendéis, pues, probarnos que es indiferente para una nacion comprar con su dinero ó con sus mercancías, supuesto que la consecuencia de este sistema es el consumo sin producción, lo que equivale á decir, la ruina? ¿Cómo olvidáis que el consumidor, la sociedad, no se aprovecha de la baratura de los objetos que compra, sino cuando los paga con una cantidad de productos que representa un valor igual?

Yo veo perfectamente lo que os preocupa: oponéis

al interés individual, que llamais producción, el interés social, que calificais de consumo; y como preferís el interés del mayor número al del más pequeño, no vaciláis en inmolar aquella á éste. Vuestra intencion es excelente, y tomo acta de ella; pero añado que estais en un gravísimo error, que habeis votado sí, cuando queríais decir no, que habeis confundido la sociedad con el egoísmo, y recíprocamente, el egoísmo con la sociedad.

Supongamos que en un país abierto al libre comercio, la diferencia entre las importaciones y las exportaciones proviene de un solo artículo, cuya producción, si hubiese sido protegida, habria hecho vivir á 20.000 hombres de los 30 millones que componen la nacion. En nuestro sistema, el interés particular de estos 20.000 productores no puede ni debe pesar más que el interés de los 30 millones de consumidores, y la mercancía extranjera debe ser acogida. En mi concepto, este es un error, y sostengo que debe rechazarse, á no ser que se pague con productos indígenas; y al sostener esto, no lo hago por consideracion á un interés de clase, sino por interés de la sociedad misma. La razon la he dado ya, y bastará recordarla en dos palabras. El valor monetario no es, como se dice, un valor igual á los demás, supuesto que al perder sus capitales metálicos, sus valores más idealizados y más sólidos, la nacion pierde su sustancia, su vida y su libertad. Un hombre que perdiese su sangre continuamente por la picadura de una aguja, no moriria en una hora, pero podria morir en quince dias; é importaria muy poco que la evacuacion se efectuase por la garganta ó por el dedo meñique. Así, pues, á pesar del egoísmo monopolizador, á pesar de la ley de propiedad que á todos asegura la completa disposicion de sus bienes, de los frutos de su trabajo y de su industria,



los miembros de una misma nacion son todos solidarios; ¿cómo esta relacion, que es á la vez de justicia y de economía, se os ha escapado? ¿Cómo no habeis visto la antinomia que danzaba bajo vuestra pluma?

¡Deplorable efecto de las preocupaciones de escuela!... Juzgando el Sr. Bastiat la cuestion del libre cambio desde el punto de vista estrecho del egoismo, cuando cree colocarse en el vasto horizonte de la sociedad, llama *teoría de la penuria* á aquella que, en su esencia (yo no defiendo las irregularidades y las vejaciones de la aduana), tiene por objeto asegurar el pago de los productos extranjeros con una cantidad equivalente de mercancías indígenas, circunstancia sin la cual la compra de objetos extranjeros, cualquiera que sea su precio, es en realidad un empobrecimiento. Llama tambien *teoría de la abundancia* á la que exige la libre entrada de todas las mercancías extranjeras, aún cuando hayan de pagarse con dinero; como si una libertad de esta especie, que sólo sirve para reforzar la ociosidad, no fuese un consumo sin cambio, un goce pródigo y una verdadera destruccion de capitales. Una vez lanzado en este terreno, fué necesario recorrerlo hasta el fin, y la extravagante denominacion de *sifismo* que el autor aplica al partido de la restriccion, vino á terminar esta larga invectiva.

¡La teoría del libre monopolio, calificada de teoría de la abundancia!... ¡Ah! si no existiesen filósofos ni sacerdotes, bastarian los economistas para darnos la medida de la locura y de la credulidad humanas!...

Suprimid simultáneamente todas las tarifas, dicen los economistas, y como la baja es general, todas las industrias recibirán el beneficio; no habrá sufrimientos parciales, el trabajo nacional aumentará, y podreis vencer al extranjero. Con este razo-

namiento de niño, y despues de una brillante polémica, el Sr. Blanqui hizo callar al Sr. Emilio de Girardin, el único periodista francés que se propuso defender el trabajo nacional.

Indudablemente, si todos los industriales de un país pudiesen comprar baratas las primeras materias, nada habria cambiado en sus condiciones respectivas; pero ¿en qué resuelve esto la dificultad? Se trata del equilibrio de las naciones, no del equilibrio de las industrias privadas dentro de cada una de las naciones. Pues bien: yo me hago cargo de la observacion hecha, y pregunto: ¿á qué debemos esa baja general, esa ventaja de comprar con dos dias de trabajo lo que ántes nos costaba tres? ¿Será á nuestros propios esfuerzos ó á la importacion? La respuesta no es dudosa: será á la importacion. Pues si la causa primera de la baratura viene de fuera, ¿cómo añadiendo nuestro trabajo, aumentado con los gastos de transporte de la materia primera, al producto del extranjero, podremos competir con el extranjero mismo? Y si implica contradiccion que la baja producida por los productos extranjeros nos permita luchar contra ellos, ¿con qué mercancía pagaremos las que se importen? Con dinero, sin duda. Probad, pues, que la moneda es un producto como otro cualquiera, ó haced de modo que todas las mercancías equivalgan al dinero, ó callaos, porque no sois más que unos embrolladores y unos aturdidos.

Dejemos entrar libremente los cereales, gritan á los colonos los liguistas ingleses; el precio de los servicios se reducirá en todas partes, la produccion del trigo inglés será más barata, y el colono, el propietario y el jornalero ganarán. Pero... no me cansaré de repetirlo; este es el movimiento continuo, y es preciso demostrarlo. Si la baja en el precio de los servicios se debe á la importacion de los trigos de



América y del mar Negro, ¿cómo la producción del trigo inglés podrá luchar con la producción del trigo ruso y americano? ¿Cómo es posible que el efecto venza á la causa? El precio del trigo extranjero, ¿no subirá en razón del pedido y no bajará en razón de la competencia? ¿No sufrirá todas las oscilaciones del mercado? Si los gastos de producción del trigo en Inglaterra, gracias á la importación americana, bajan tres francos por hectólitro, la producción inglesa, sostenida por la América, obligará á esta última á bajar sus precios tres francos más de lo que antes era; pero nunca la Inglaterra podrá, por este medio, tomar la ventaja. ¿Qué digo? Si todo baja en Inglaterra, la reducción de precio en sus mercancías es beneficiosa para los americanos, que asegurarán cada vez más la superioridad de sus cereales. Todavía una vez: demostrad lo contrario, ó retirad vuestras palabras.

Dejemos entrar en nuestro país, dice el Sr. Blanqui, los hierros, la hulla, los tejidos, todas las materias primeras de nuestro trabajo, y sucederá con cada una de nuestras industrias lo que sucedió con el azúcar de betarraga cuando se suprimieron los derechos que la protegían, que aumentó su fuerza. Desgraciadamente para la aserción del Sr. Blanqui, los fabricantes de azúcar de betarraga protestaron diciendo que el progreso obtenido en la fabricación lo debían, no á la competencia extranjera, sino á sus propios esfuerzos y á su propia inteligencia; que este progreso, en fin, lo debían á sí mismos, y no á los auxilios del extranjero. En el sistema del Sr. Blanqui, la protección más moderada debe perjudicar á la industria del país, y al contrario, esta industria (es ella misma quien lo asegura) progresa por la protección. Hemos visto que en algunos años la industria linera subió en Francia de 90.000 á

150.000 brocas. ¿Y cómo, á no ser que se asociasen las fábricas de azúcar francesas con las de las Antillas, las de hilados de la Bretaña con las de Bélgica, la baratura de la industria extranjera podría favorecer el desarrollo de la nuestra? Si un fabricante de azúcar de betarraga me dijese lo contrario, no le habría creído. Si el Sr. Blanqui quiso decir que la competencia extranjera, obrando como un estimulante, haría á nuestros industriales más inventores, y por consiguiente, nuestras manufacturas más fecundas, en ese caso, la introducción de los productos extranjeros no es más que un medio de alta policía comercial en manos del gobierno. Que se confiese así, y la causa será conocida; no habrá ya sobre qué discutir.

Si yo probase ahora que la libertad absoluta de comercio con la existencia de los monopolios nacionales é individuales, lejos de ser una causa de riqueza, lo es de carestía y de penuria, ¿me harían los economistas el obsequio de abandonar este nuevo escrúpulo?

La Francia no teme ni puede temer competencia de ningún género en sus vinos, porque el mundo entero los pide. Bajo este punto de vista, los productores de Burdeos, de Champagne y de Borgoña, ganarán con la libertad de comercio; hasta convengo en que, ocupando nuestra industria vinícola una quinta parte de la población del país, la supresión total de las barreras se presenta como una gran ventaja para nosotros. Los viñadores quedarán, pues, satisfechos, y el libre comercio no hará bajar el precio de sus vinos; al contrario, lo hará subir. Pero... ¿qué dirán sobre esto los labradores y los industriales? El consumo por persona, que sólo es de 95 litros en París, descenderá á 60; se tomará el vino como se toma el café, por medias tazas y por copitas, y esto es horrible para los franceses. Nuestros vinos,



por lo mismo que nacen y crecen en el mismo suelo donde nosotros nacemos y crecemos, nos son más necesarios que al resto de los hombres, y el mercado exterior nos los arrebatará infaliblemente.

Y ahora bien: ¿qué compensación se nos ofrece? No serán, seguramente, los vinos de Inglaterra y de Bélgica, ni los más reales, pero no menos inaccesibles al pueblo, de Porto, Hungría, Alicante y Madera; no serán tampoco las cervezas de Holanda ni los sueros alpinos. ¿Qué beberemos, pues? Nada; pero tendremos, dicen los economistas, el hierro, la hulla, la quincallería, las telas, los cristales y la carne más baratos; lo cual quiere decir que no tendremos vino y que habrá más trabajo, supuesto que demostramos ya la imposibilidad de hacer competencia al extranjero con sus propios productos.

Recíprocamente, los obreros ingleses verán bajar el precio del pan, del vino y de los demás comestibles; pero al mismo tiempo, el precio de la hulla, del hierro y demás objetos que produce la Inglaterra aumentará; y como para conservar su trabajo frente á frente de la competencia extranjera, tendrán que sufrir siempre nuevas reducciones en los salarios, vendrá á sucederles lo mismo que á los obreros franceses; es decir, que no podrán comprar sus productos ni los nuestros. ¿Quién se habrá aprovechado de la libertad? Los monopolizadores, los renteros, todos los que viven del crecimiento de sus capitales; en una palabra, los hacedores de pobres, cuya casta, bastante numerosa para devorar el excedente que dejan al colono las tierras de primera calidad, al minero las minas más ricas y al industrial las explotaciones más productivas, no permite que el trabajo se aplique á las tierras y explotaciones inferiores sin abandonar su renta. En este sistema de monopolios encadenados que se llama libertad de comercio, el

tenedor de los instrumentos de producción parece que dice al obrero: Tú trabajarás mientras puedas dejarme un excedente con tu trabajo, pero no irás más allá. La naturaleza quiso que el habitante de cada zona viviese, ante todo, de sus productos naturales, supuesto que obtiene con el excedente los que su país no produce; pero en el plan del monopolio sucede lo contrario: el trabajador no es más que un siervo del ocioso cosmopolita; el paisano polaco siembra para el lord inglés; el portugués y el francés producen sus vinos para todos los holgazanes del mundo; el consumo, si así puedo expresarme, está expatriado, y el trabajo mismo, limitado por la renta y reducido á una especialidad estrecha y servil, tampoco tiene patria.

Segun esto, despues de haber demostrado que la desigualdad de los cambios, á la larga arruina á las naciones que compran, vemos ahora que arruina tambien á las que venden. Una vez roto el equilibrio, la subversion se hace sentir en todas partes: la miseria se vuelve contra su autor; y así como en la guerra, el ejército conquistador acaba por extinguirse en la victoria, en el comercio el pueblo más fuerte acaba por ser el más estrujado. ¡Extraño fenómeno!... Say nos dice que en el libre cambio *toda la ventaja* está de parte del que recibe más; y en efecto, tomando la palabra ventaja en el sentido de perjuicio menor, Say tiene razon. Se sufre menos cuando se consume sin producir que cuando se produce sin consumir; y esto es tan cierto, que despues de haberlo perdido todo, aún queda el trabajo para conquistarlo.

Hace ya mucho tiempo que la Inglaterra viene siendo este país A de que nos habla el Sr. Bastiat; país capaz de proveer al mundo entero de una multitud de cosas, bajo condiciones mejores que todos



los demás pueblos. A pesar de las tarifas con que procuró rodearse por todas partes la desconfianza de las naciones, la Inglaterra ha recogido el fruto de su superioridad; agotó reinos enteros, y se llevó todo el oro de la tierra; pero al mismo tiempo, la miseria se descolgó sobre ella de todos los puntos del globo. Creacion de fortunas nunca vistas, desposesion de todos los pequeños propietarios, y metamorfosis de las dos terceras partes de la nacion en casta indigente: hé ahí lo que le han valido á la Inglaterra sus conquistas industriales. En vano se recurre á una teoría absurda para cambiar la opinion y ocultar la verdadera causa del mal; en vano, con la máscara del liberalismo, una intriga poderosa quiere llevar las naciones rivales á una lucha desastrosa: los hechos están ahí para instruir á las sociedades, y bastará analizarlos para convencerse de que toda infraccion de la justicia hiere al bandido como á su víctima.

¿Qué más puedo decir? Los partidarios del libre monopolio no tienen siquiera el placer de seguir su principio hasta el fin, y su teoría termina siempre con una negacion de sí misma.

Supongamos que despues de abolidos los derechos sobre los cereales, y entrando la Inglaterra en el camino de nuestra gran revolucion, ordenase la venta de todos los dominios, y que el suelo, aglomerado hoy en manos de una imperceptible minoría, se dividiese entre los cuatro ó cinco millones de habitantes que constituyen la importancia de su poblacion agrícola. Seguramente, este procedimiento, previsto ya por algunos economistas, seria el mejor para salvar á la Inglaterra por algun tiempo de su horrorosa miseria, á la vez que se presentaria como un feliz suplemento de los *workhaus*. Pero una vez realizada esta gran medida revolucionaria, si el

mercado inglés continuaba, como ántes, inundado por los cereales y demás productos agrícolas del extranjero, es claro que los nuevos propietarios se verian obligados á vivir en sus tierras sacando de ellas pan, cebada, carne, legumbres, huevos, etc.; y no pudiendo cambiar ó cambiando con pérdida, supuesto que su produccion saldria más cara que la de los objetos similares importados del extranjero, estos propietarios, digo, se arreglarian como en otro tiempo lo hicieron nuestros campesinos, de modo que no comprasen nada y consumiesen sus propios productos. Las barreras quedarian *abolidas*; pero la poblacion rural se *ABSTENDRIA* de comprar, y la reforma seria completamente inútil. Pues bien; yo creo que no se necesita mucha penetracion para comprender que esa fué la causa primera del régimen protector. ¿Podrian decirnos los economistas, con sus cifras y con su elocuencia, de qué modo piensan salir de este círculo?

La esencia de la moneda desconocida; los efectos del alza y de la baja del dinero comparados sin inteligencia ninguna al alza y baja de las mercancías; la influencia de los monopolios sobre el valor de los productos eliminada; el egoismo sustituyendo por todas partes al interés social; la solidaridad de los ociosos levantándose sobre las ruinas de la solidaridad de los trabajadores; la contradiccion en el principio, y sobre todo, las nacionalidades sacrificadas en el altar del privilegio; hé ahí, si no me engaño, lo que hemos hecho salir, con una evidencia irresistible, de la teoría del libre cambio. ¿Será preciso que continúe la refutacion de esta utopia, tan querida de los economistas? O yo estoy dominado por la más extraña de las alucinaciones, ó el lector imparcial debe encontrarse en este momento muy desengañado, y la argumentacion de los adversarios debe parecerle tan